

Luana Crisci Díaz

Alba María Valenzuela Martín

Amparo Navarro García

María Concepción Fernández González

Ana María Jiménez Talavera

Carmen Marina Rodríguez Santana

VIII Certamen
de
Relatos Breves
“MUJERES”

2 0 0 8

Excmo. Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

VIII Certamen de Relatos Breves
«MUJERES»

Edición

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife
Consejo Municipal de la Mujer

Alcalde Presidente

Miguel Zerolo Aguilar

Vicepresidenta del Consejo Municipal de la Mujer

Ángela Mena Muñoz

© de esta edición 2008

Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife

© de los textos

Las Autoras

Maquetación e Impresión

Canarias Municipal. Imprenta Sans

Depósito Legal

TF. 168-2009

LUANA CRISCI DÍAZ
ALBA MARÍA VALENZUELA MARTÍN
AMPARO NAVARRO GARCÍA
MARÍA CONCEPCIÓN FERNÁNDEZ GONZÁLEZ
ANA MARÍA JIMÉNEZ TALAVERA
CARMEN MARINA RODRÍGUEZ SANTANA

VIII Certamen de Relatos Breves
« M U J E R E S »

Santa Cruz de Tenerife. 2008

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	9
Ángela Mena Muñoz	
<i>La Pasión de ella</i>	11
Luana Crisci Díaz	
<i>Al recreo</i>	19
Alba María Valenzuela Martín	
<i>Los tres pares de zapatos de hierro</i>	25
Amparo Navarro García	
<i>Que seas muy feliz</i>	41
M ^a Concepción Fernández González	
<i>Caldereta de Cabestro</i>	51
Ana María Jiménez Talavera	
<i>Los Garbanzos hay que ponerlos en remojo</i>	63
Carmen Marina Rodríguez Santana	
<i>Acta del fallo del jurado</i>	75

Para la concejalía de Mujer es un orgullo celebrar la octava edición del Certamen de Relatos Breves “Mujeres”. Lo es porque significa seguir dando pasos hacia la igualdad, por su contenido social, por su acercamiento al mundo igualitario que deseamos. Pero además, porque en esta edición añadimos un nuevo entusiasmo, unos nuevos aires de reivindicación surgidos al incorporar la novedad de una modalidad para niñas de 12 a 15 años. Con ello, queremos impulsar la concienciación sobre las distintas problemáticas relacionadas con la mujer, como: la conciliación de vida laboral, familiar y personal, la violencia de género, las discriminaciones en el empleo..., pero ahora también desde edades más tempranas. Porque formar, educar y concienciar a las nuevas generaciones cuanto antes es la base para un futuro enmarcado en la igualdad y el respeto entre hombres y mujeres.

Nos enorgullece y nos han sorprendido muy gratamente los relatos que siguen a esta introducción, especialmente aquellos que salieron de las mentes más jóvenes para mostrarnos la sensibilidad que ya está viva con el afán de luchar por la igualdad que anhelamos para el futuro. Tenemos la seguridad de que estos relatos propiciarán un sentimiento

de igualdad en derechos y obligaciones entre los hombres y mujeres, sabiendo llegar a todas las edades y enseñándonos a comprender desde distintos puntos de vista los problemas que aún se resisten a la evolución.

Es un camino largo y costoso, porque también la literatura ha sido tradicionalmente un espacio de hombres. La obra de un escritor se lee y se juzga sin tener en cuenta su sexo; pero lamentablemente, la obra de una escritora se lee y se juzga teniendo presente su condición de mujer. Pero todo esto está cambiando y cambiará aún más.

Ahora, nos acompañan también en nuestro trabajo diario por la igualdad, las jóvenes menores de 16 años, quienes seguro sabrán llegar a las mentes de sus compañeros y compañeras utilizando el lenguaje y las vivencias que entienden y manejan. Es un paso más en el que desde el Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife queremos abrir camino, creando este espacio para hacer visible la literatura escrita por mujeres e impulsar su papel en la literatura única, la de todos y todas.

ÁNGELA MENA MUÑOZ
Vicepresidenta del Consejo
Municipal de la Mujer

LUANA CRISCI DÍAZ

LA PASIÓN DE ELLA

Modalidad 12 a 15 años
Primer Premio

Luana Crisci Díaz, nació en Santa Cruz de Tenerife en el año 1996.

Vive con sus padres y su hermano de 7 años, y estudia 1º de la E.S.O.

Sus principales aficiones son el deporte y la lectura aunque también le gusta estar con sus amigas, oír música y dibujar.

Cada año participa en el concurso “Quien lee gana” que organiza su colegio, ya que le encanta leer.

Sus colecciones favoritas son las de “Harry Potter”, “Las aventuras de los cinco” y “El secreto de las gemelas”, estas llevo leyéndolas desde pequeña.

Participó en el Certamen de Relatos Breves “Mujeres” porque también le gusta mucho escribir, y porque le atrajo el tema de la igualdad, imaginándome la historia de Tania, la protagonista, porque recordé hace años, cuando a mí me gustaba mucho el fútbol y todos me decían que era cosa de chicos.

CAPÍTULO I

Era una noche de verano, no hacía ni frío ni calor sólo corría aire.

En la ciudad de Valencia había un minúsculo pueblecito en donde habitaba poca gente. En la pequeña casita que había al final de la calle de “Santa Blanca” vivía el señor Rodríguez con sus tres hijos; Jaime, Sofía y Tania.

Jaime es un niño de 13 años hiperactivo, muy lanzado y atrevido. Habla hasta por los codos le encanta correr y gastarle bromas a sus hermanas. Se le da bien tocar la guitarra y cantar y por eso algunas veces se reúne con dos de sus amigos porque juntos forman una banda de música.

Sofía tiene 11 años y es muy buena y amable, pero un poco infantil para la edad que tiene. Es muy ordenada, independiente y creativa, siempre se inventa algo y cuando tiene tiempo ayuda a su padre con la casa.

Sin embargo, Tania es diferente a sus hermanos. Tiene 14 años, es vergonzosa aunque muy buena estudiante y le encanta hacer deporte, en especial el fútbol.

El colegio al que van los chicos está en el pueblo

y tiene a la derecha una finca y a la izquierda un campo de fútbol en el que entrena un equipo.

La escuela tenía una directora muy estricta llamada Esther. Por eso los estudiantes tenían el siguiente horario:

De 8:30 a 11:00 había que estar en el aula, luego había recreo hasta las 12:30, cuando terminaba, se almorzaba en el viejo comedor y finalmente había que volver al aula a estudiar hasta las 3:45.

A Tania la hora que más le gustaba era el recreo, se podía jugar a lo que quisieras; a baloncesto, voley, fútbol...

CAPÍTULO II

Los chicos de la clase de 3ºb de la eso salían antes al recreo que 1ºa, en donde estaba Tania. Todos ellos se reunían e iban a coger todos los balones y el campo de fútbol.

Cuando salían los otros niños se encontraban sin balones y sin sitio donde poder jugar. Como nadie se atrevía, fue Tania la que se acercó a los chicos y les preguntó:

–Hola chicos, ¿puedo jugar con vosotros?–.

–Pues por supuesto que no, eres una chica y a las chicas no se les da nada jugar y no sólo a fútbol sino a ninguno de los deportes que existen– contestó Marcos que era más bien el líder de pandilla. Todos los demás se rieron y le siguieron el juego.

Tania asintió con amargura y se fue con los ojos rayados.

Y esto era lo que pasaba la mayoría de las veces aunque de vez en cuando ella llegaba antes y cogía un balón para jugar sola.

Pero un buen día, algo pasó entre los chicos. —oíd, aquí al lado hay un campo de fútbol al que podríamos apuntarnos todos e ir después de clase— opinó Jonathan que para algunas chicas era el más guapo de todo el colegio. Marcos y el resto pensaron que sería una buena idea. Así que esa mañana de sábado se fueron a apuntar.

El entrenador que les tocó se llamaba Ricardo y tenía cara de ser bueno. —debéis venir el martes por la tarde a hacer una prueba para ver si estáis preparados para entrar y si la superáis os lo comunicaré.

Esa tarde, el señor Rodríguez se sentó con Jaime a pensar sobre la obsesión de Tania.

Y después de tanto pensar, a Jaime se le ocurrió que a su hermana le gustaría ir a un equipo de fútbol sobre todo al de al lado de su colegio. Así fue, el señor Rodríguez fue al campo a apuntarla.

Cuando llegó a su casa se lo comunicó a Tania y a esta le pareció una idea magnífica.

El martes por la tarde, después de una dura jornada los chicos fueron al campo de fútbol a hacer la prueba que le había encargado el entrenador.

Por suerte la superaron y entraron en el equipo.

CAPÍTULO III

Más tarde Tania llegó al campo de fútbol y también superó la prueba. Así Ricardo le dijo que empezaba el miércoles por la tarde igual que los chicos.

Llegó el miércoles y cuando los chicos estaban calentando inesperadamente se encontraron con Tania que iba sin saber que ellos estarían allí.

—¿Pero tú que estás haciendo aquí?— preguntó Jonathan. —Mi padre me ha apuntado y además, si hubiese sabido que estabais aquí no habría venido— le contestó Tania muy segura de si misma.

—¡Vete que tú aquí no pintas nada!— dijo Marcos bruscamente.

Tania no pudo resistir y se echó a llorar, entonces corrió lo más rápido que pudo camino a su casa. Al llegar subió las escaleras ignorando a su hermana pequeña que le preguntó inocentemente: —¿qué tal tu primer día en el equipo, Tania?—

Pero ella ya había subido y estaba en su habitación llorando abrazada al osito de peluche que le había regalado su madre. Esa misma noche soñó con que estaba a su lado y no muerta, le abrazaba muy fuerte como hacía con su osito, pero de repente sonó el despertador. Ya eran las ocho y debía ir al colegio, aunque no tenía ninguna gana.

Ese día transcurrió normal, salvo por un pequeño detalle: los chicos eran muy amables con ella. La dejaron jugar a fútbol con ellos y además con el mejor de los balones.

Tania volvió a su casa con sus dos hermanos muy contenta y la misma vez muy extrañada por el comportamiento de los chicos.

El domingo de esa semana fue al cine con Sofía y después la dejó en casa de una amiga suya.

CAPÍTULO IV

Cuando Tania llegó a su casa oyó voces en el cuarto de su padre. Subió las escaleras tan rápido como siempre y las voces se oían más y más cerca. Pudo distinguir que los que hablaban eran su padre y su entrenador de fútbol.

—Ricardo, te digo sinceramente que no me parece muy buena idea que los compañeros de Tania finjan que quieren estar con ella.— comentó el señor Rodríguez.

A lo que el entrenador le contestó:—Créeme, es una buena idea, por lo menos hasta que pase un tiempo.—

Al oír esto, a Tania se le subió el corazón a la garganta y fue con disimulo a su cuarto.

Aquella noche se le hizo muy larga porque no pudo dormir. Sólo le daba vueltas a lo que había oído a escondidas.

Al día siguiente al llegar al cole ni siquiera le prestó atención a los chicos ni al fútbol que tantos problemas le había causado.

Pero luego por la tarde al ir a entrenar fue a dar con el entrenador y le contó todo lo que escuchó.

—Siento que te hayas enterado así, Tania pero debes comprender que tu padre y yo lo hemos hecho por tu bien.— le dijo el entrenador.

A Tania no se le ocurrió que contestar y se fue a su casa.

Cuando llegó se puso a pensar. Estaba confusa, no sabía que hacer.

Finalmente decidió: —ya está bien, no pienso morirme de vergüenza. Voy a ir al campo de fútbol y le voy a dejar las cosas claras a los chicos.—

Y así fue, se acercó al campo y les dijo: –sabéis, me encanta jugar a fútbol y no voy a dejarlo porque vosotros no me dejáis en paz, somos igual de buenos con el balón, no sé quién te dijo que vosotros por ser chicos podríais ser mejores, somos iguales y lo demuestro todos los días.–

Después de esto, los chicos se quedaron con la boca abierta. Sin embargo Tania se quedó muy bien con lo que les dijo y se puso a jugar.

Entonces Marcos se acercó a ella y le dijo: –ya sé que nos hemos comportado muy mal contigo, pero mientras fingíamos nos hemos dado cuenta de que eres un chica maravillosa y que se te da muy bien jugar a fútbol. Así que te queremos pedir perdón por todo lo que te hemos hecho.–

A Tania se le dibujó una gran sonrisa en la cara y abrazó a Marcos con todas sus fuerzas.

CAPÍTULO V

Desde entonces, Tania siempre va a entrenar después de clase con los chicos y con su entrenador y se hace cada vez mejor futbolista.

Puede que llegue a ser jugadora profesional, esa es su pasión.

FIN

Lo que he querido transmitir con esta historia es que seas mujer u hombre, todos tenemos los mismos derechos y que cada persona puede hacer lo que quiera sin tener que pasar por lo que pasó Tania.

ALBA MARÍA VALENZUELA MARTÍN

AL RECREO

Modalidad 12 a 15 años
Segundo Premio

Alba M^a Valenzuela Martín, nació en Santa Cruz de Tenerife en el año 1992.

Estudia 1º de Bachiller por la rama de Ciencias Sociales en el Colegio Hispano Británico y le encantaría ser jueza.

Entre sus principales aficiones se encuentra la lectura, teniendo preferencia por la literatura de Federico Moccia e Isabel Allende

En el año 2000 ganó el primer premio, del certamen, “Resume tu Cuento Favorito” convocado por Caja Canarias, con el cuento Anne está furiosa.

También le gusta el teatro, participando en diferentes obras en su colegio; practica el surf aprovechando las playas y el clima de la Isla.

Era mediodía y tres jóvenes disfrutaban de su tiempo libre tras estar unas cuantas horas dentro del aula, y yo una flor del jardín siempre en el mismo lugar escuchaba todo lo que por allí sucedía. Ellas siempre se colocaban en el mismo rincón dispuestas a comer su bocadillo y a beberse su batido a la vez que se contaban las confidencias...

María, es una joven alegre simpática y abierta, ayudaba en su hogar ponía mucho empeño en las tareas domésticas lo que sugería a sus amigas que en casa no se repartían el trabajo, por tanto había cierto machismo, por parte de su padre y sus tres hermanos.

Isabel es una niña tímida y reservada todo lo contrario a su amiga María, por lo que se complementaban bastante bien. El motivo de su ansiedad continua se debe a la amargura que se vive en su casa día a día, los gritos desgarradores que se oyen cuando la sopa esta fría o la cama sin hacer, a continuación de este sobresalto se suele escuchar una cachetada y posteriormente un perdón injustificado lleno de miedo y terror. Su madre es una mujer maltratada y ella que la ve sufrir no puede ser feliz: sufre en silencio.

Marta, sin embargo, es una niña tranquila y ama-

ble. Da buenos consejos a sus amigas, sobre todo en aspectos familiares pues en su casa son lo que se suele decir una familia feliz. Hay **RESPECTO, CARIÑO Y COMPRENSIÓN**.

Bajaban al rincón de costumbre y comenzaban a charlar sobre el tema estrella de los quince años: los chicos (*Yo las escuchaba, como todos los días, pues claro no me podía mover... Y a ellas les gustaba venir cerca de mí para olerme.*)

“¡Chicas tengo un notición! me ha dicho Javi que si quiero salir con él!” exclama María.

Isabel y Marta se miran extrañadas frunciendo en el entrecejo, pues no entendían como podía gustarle un chico que seguramente luego querría que hicieras sólo lo que el quiere, no la dejaría salir con nosotras, ni podría ir al cine sin él mientras que el tendría plena libertad en salir con sus amigos.

Marta enfurecida grita que jamás estará enamorada pues todos los hombres son igual de indeseables y tratan fatal a las mujeres.

Isabel le dice a María que todavía es muy pequeña para estar pensando en tener novio pues su madre siempre le ha dicho que cuando termine la carrera, y siempre pensando en contraer matrimonio.

María las observa, y les cuenta que todos los hombres no son tan indeseables y que basta tener RESPECTO mutuo, siempre se lo ha recordado su padre y su madre.

A mí me hubiese gustado intervenir en la conversación... pero claro no puedo hablar, y decirles que cada una debe quererse a si misma y respetarse.

La charla sobre los chicos se ve interrumpida por un comentario procedente de un niño hacía la señora de la limpieza “limpie, limpie que las mujeres solo valen para eso”, este comentario con un significado tremendamente machista produce cierta repugnancia, por parte de María, quien decide ir hacia el joven y llamarle la atención.

“¡Oye! ¿qué te has creído? No tienes porqué hablar así a una persona mayor que además no es tu esclava porque... veo que tienes dos manos para tirar la basura a la papelera a parte de que seguramente si fuese un hombre no te atreverías a decírselo.

¿Eres de los típicos que piensan que las mujeres solos servimos para limpiar?

¡Pues NO! , te equivocas VALEMOS LO MISMO QUE USTEDES

El niño se marcha extrañado pues no esperaba tal reacción.

La señora de la limpieza le da las gracias a María lanzándole una bonita sonrisa como muestra de agradecimiento

¡Cómo me ha gustado lo que ha dicho María, y como lo ha dicho, con seguridad y ha dejado al niño calladito!

Isabel y Marta admiran la actitud de María

Como me gustaría que Isabel y Marta cambiasen la visión que tienen sobre la vida, porque es muy triste que siendo tan jóvenes piensen de tal forma. Pero seguro que si continúan viniendo a mi rinconcito junto a mi olor se darán cuenta de que en la vida hay cosas de las que disfrutar y personas a las que acompañar y ser feliz. Seguro que María con su actitud lo consigue.

AMPARO NAVARRO GARCÍA

LOS TRES PARES DE
ZAPATOS DE HIERRO

Modalidad mayores de 16 años
Primer Premio

Amparo Navarro García nació en Valencia en 1951. Durante 18 años ejerció la docencia en Barcelona y Tenerife, estando en la actualidad jubilada de la profesión.

Gran aficionada a las artes plásticas en general, ha colaborado en dos libros publicados como ilustradora: *La enorme pequeñez de la abuela* Tierra Ediciones De La Torre, Madrid, 1993 y *Cartas a mis nietos* Centro de la Cultura Popular Canaria, Sta. Cruz de Tenerife, 1995.

Hace unos años, como otra forma más de expresión personal, descubrió que también le gustaba escribir poemas y cuentos.

Nadie merece tanto sufrimiento –afirmó Bibiana con seriedad, tras leer los poemas de su hermana. Cerró el cuaderno y encendiendo un cigarro con lentitud, la miró directamente a los ojos.

–Estoy de acuerdo. Eso ni se discute –le contestó Maya– pero... ¿te acuerdas de aquel cuento que nos contaba la abuela...?

Aquella mañana, Bibiana se había presentado temprano, como hacía a menudo en casa de Maya, después de llevar a sus hijos al colegio.

–¿A cuál te refieres? –Preguntó Bibiana– Eran muchos, tan bonitos... y qué bien los contaba –entonces, subiendo los ojos en un gesto muy suyo, suspiró– ¡uf! me da bastante nostalgia...

–Vamos a la cocina a tomar el café y así vigilamos que no se salga; ya me he cargado dos cafeteras, no sé que me pasa... pero últimamente, la dejo puesta y me olvido –alegó Maya levantándose del sofá del salón, donde estaban sentadas, iniciando así el trayecto hasta la cocina.

–Vale, espera que coja el tabaco y el mechero. Ya voy.

Maya se adelantó tratando de poner, con rapidez, cierto orden en el habitual caos mañanero de la cocina.

Se la oía murmurar con voz queda: ...desde luego Guille se pasa cantidad, qué harta estoy, todos los días lo mismo...

—¡Seguro que no lo has olvidado! —Exclamó para que la oyera su hermana— era aquél, largo larguísimo, inacabable, bueno, inacabable hasta que llegaba el sueño... se llamaba *Los tres pares de zapatos de hierro*.

Al mismo tiempo que hablaba, despejaba la mesa en donde Bibiana, ya se estaba instalando colocando el cenicero más grande de la casa, a su lado. Preparó la cafetera y a continuación, se dejó caer en una silla frente a ella.

—¿Te acuerdas? Se llamaba...

—¡Claro! ¿El de los zapatos de hierro? —cortó Bibiana— Era el mejor... ¡chiquito rollo!— La verdad es que no recuerdo mucho de qué iba, pero sí que nos costaba mucho convencerla de que nos lo contara —mientras, animaba la cara dándose cuenta de que su memoria empezaba a despertarse.

—Sí, no me extraña —apuntó Maya— supongo que era heroico por su parte hacerlo. En fin... yo he estado dándole vueltas tratando de recordarlo estos últimos días, y más o menos lo he conseguido, aunque hay partes que las tengo liadas; difícil no dormirse entre lo largo que era y tanta repetición; todo era a base de tres... el tres era la cifra mágica, por cierto, como nosotras. ¿Lo recuerdas?

—Sí, es verdad, había tres hermanas, tres nueces, tres pares de zapatos, tres ogros... —recuerda Bibiana.

—Sí, venga con el tres, pues... contaba la historia de una mujer que, infatigable, andaba caminos, legua tras legua... —al mismo tiempo que arrastraba la voz,

engolándola, Maya pronunciaba aquello de “legua tras legua”, burlona.

—Sí, sí —dijo riéndose Bibiana— era lo mejor de todo, qué gracia tenía la abuela contándolo con tanto teatro. La verdad es que la abuela era muy seca... muy poco cariñosa. Yo no le tenía mucha confianza, en cambio, en esos momentos, me parecía la mejor abuela del mundo.

El pitido de la cafetera y el olor del café se adueñaron de la cocina. Con celeridad, Maya se acercó a apagar el fuego. A continuación, sacó las tazas del armario, la leche de la nevera y sirvió los cortados, volviendo a sentarse a la mesa, sin que por ello dejara la conversación:

—No sabes cómo me gusta que ninguna de las dos tomemos azúcar con el café, porque nunca encuentro las cucharillas en su sitio. Si alguien viene, y quiere azúcar, la mayoría de veces, tengo que rebuscar en el fregadero, a ver si bajo el montón, encuentro alguna. Y es que Guille no da gongo —siguió hablando Maya con cierto enfado, mientras invitaba con la mirada a su hermana para que se fijara en la loza acumulada en el fregadero.

—¿Y qué tiene que ver el cuento de la abuela con ese cabrón de Vicente? —inquirió Bibiana, volviendo al tema, tras apoyar con un gesto comprensivo, las quejas de su hermana.

—Pues bastante, bastante, me parece.

—Y eso ¿por qué?, no entiendo que tienen que ver tus problemas, con ese cuento —afirmó escéptica la otra —y añadió a continuación con firmeza— al menor atisbo de maltrato, hay que mandarlos “a freír chuchangas”.

—Ya... pero todavía es peor “el sufrir tanto” por

dejarlo... date cuenta de que me maltrató, que me llegó a dar miedo, porque a la mínima contrariedad se ponía violento; cuando le dije que lo iba a dejar... me cogió del cuello y... ¡ufff! Tuve pánico. Es algo de locos creo... porque lo lógico es que me hubiera quedado súper bien, por haberme librado de él –declaró con ira contenida y, ya más sosegada, continuó:

–Todo debe tener una explicación o, una justificación por cosas inconscientes, digo yo... Porque tonta no soy, y que quieres que te diga... yo misma me extraño del calvario que me ha supuesto separarme, después de lo que pasé. Me parece increíble. Por eso trato de indagar en mi afectividad. He revisado el tema papá–mamá, lógicamente, pero no hace mucho, me vino a la memoria el cuentito de marras. Y de repente... pensé que era una buena metáfora, llena de símbolos... puede que explique algunas cosas –y bajando un poco el tono de voz, añadió– o por lo menos, yo lo entiendo así. Alguna explicación tiene que tener, ser tan masoca. Supongo.

–Vale, todo puede ser. Yo no me acuerdo demasiado; sé que iba de tres hermanas, que una detrás de otra se casaban con un monstruo, que llevaba una piel encima y que cuando se la quitaba, era un hombre guapísimo, la abuela decía: hermosísimo –rememoró Bibiana, sonriéndose.

–Sí, da risa pero, la historia era bastante fuerte... en la noche de bodas, el tío se cargaba primero a una y después, a la otra, las dos mayores, porque intentaron quemar en la chimenea, esa pelleja que se ponía todos los días. Era la que le afeaba tanto y le hacía parecer un horrible monstruo para todos. Sólo para dormir, se la podía quitar. A la ter-

cera hermana, le perdona la vida, porque en vez de echar esa pelleja al fuego, directamente, como las otras, le pide explicaciones del porqué la lleva. Entonces le cuenta que él es un rey, víctima de un hechizo, que por fin ha terminado, y por eso, había tenido que vestir la piel aquella. Le perdona la vida y enseguida, le dice que se va a marchar al día siguiente. Si ella quiere reinar con él, en su lejano país, tendrá que hacer un viaje sola. Tan largo será el camino que romperá “tres pares de zapatos de hierro”, sorteando muchos peligros, incontables fatigas y desesperanzas.

—Sigue, sigue—interrumpió Bibiana sonriendo— Me estás refrescando la memoria.

—La verdad es que era un cuento genial... me hace gracia la cara, que se te está poniendo —dijo Maya, simpática.

Mientras, por encima de la lámpara, las volutas de humo azul-gris se disipaban con pasmosa lentitud, por la cocina. El tiempo pareció detenerse. Por haber compartido la infancia, a veces, se producía una comunión mágica de la memoria, entre las dos. Pese a sus notables diferencias de carácter, que tantas veces las hacían discutir y pelear, el vínculo que las unía, afloraba en ocasiones, con transparente naturalidad y, entonces ambas disfrutaban de su mutua compañía.

—Bueno, pues eso, que la tía se calza el primer par de zapatos de hierro, que le duelen cantidad y “palante”... a caminar. ¿Recuerdas? —preguntó Maya.

—¡Claro!: Anda que andarás, que nunca llegarás, legua tras legua... —contestó rápida la otra.

Rieron mientras repetían juntas, aquella frase tan reiterativa del cuento.

–“Legua tras legua”... –volvió una vez más a la carga Bibiana, muy burlona.

–Con la lengua fuera... –remedó Maya con sarcasmo.

–Pues sí, creo que eso de “legua tras legua” era lo que más sueño me daba, y aunque quería seguir despierta no lo podía remediar, me quedaba frita –dijo Bibiana.

–A lo largo del interminable camino –prosiguió Maya– se encuentra con ogros que se la quieren comer y gracias a sus madres, que la esconden, escapa: ¡Carne fresquita comeremos esta noche, carne fresquita...! ¿Te acuerdas qué miedo nos daba la abuela, al decirlo imitando al ogro de turno?

–¡Jo! Sí, qué miedo daba –asintió la otra– para añadir enseguida, impostando la voz– ¡Te encontraré, sé que estás escondida detrás de la puerta...! Ja, ja –rió con ganas.

–Sí, sí... ¡Ah! y cuando por fin acaba de romper el tercer par de zapatos de hierro, de tanto caminar y llega al lejano país donde él reinaba... para colmo, el amado dormía narcotizado y ella tenía que triplicar su ingenio: mostrando maravillas, lágrimas y filigranas para conseguir despertarlo de su pesado sueño –rememoró Maya tratando de imitar las buenas dotes narrativas de su abuela.

–Parece que la estoy oyendo...

–Ya quisiera yo saber hacerlo tan rematadamente bien, como lo hacía ella.

–Pues no lo haces nada mal Maya, me lo estoy pasando en grande. Parece mentira que no recuerde la película, que vi ayer, y en cambio, sea capaz de acordarme de ese cuento, y hasta revivir las sensaciones de entonces.

—¿Te pongo otro cortado?—preguntó solícita Maya, levantándose de la mesa.

—Sí, pero caliéntamelo, tibio no me gusta nada —añadiendo— pónmelo más cargado de café, por favor.

—A la orden, en marcha... —dijo irónica Maya movilizándose.

—El cuento, como todos los cuentos, tenía final feliz —prosiguió.

¡Eh! Espera, no vayas tan rápido —dijo Bibiana— ya que has empezado, quiero recordar lo que pasaba cuando por fin llegaba. Me encanta. Abría unas nueces...

—Si, encerraban unas filigranas... —sonrió Maya mientras añadía— de pequeña, no sabía qué era eso de “filigranas”. Sospechaba que sería algo mágico, pero ni idea entonces. Fíjate, cuando fui a México, vi, en un mercadillo, nueces con figuritas de belén insertadas dentro, me dije: ¡anda! como en el cuento de la abuela...—entre tanto, ya llevaba los cortados, a punto de ebullición, con mucho cuidado hasta la mesa.

—Yo, lo quería caliente... casi me quemó —reprochó Bibiana al primer contacto con la hirviente taza.

—Lo de las nueces...—continuó Maya, ignorando el comentario— eran para que la dejaran entrar en el palacio del rey. Había una sirvienta, que nada más verlas, las quería comprar y le ofrecía bolsas de oro, pero ella...

—Qué ni de coña... lo único que quería por ellas, era poder pasar la noche con el rey —dijo de carrerilla Bibiana, orgullosa de que su memoria le devolviera partes de aquella historia tan dormida.

—Sí, hasta que al final, consigue que la dejen entrar en palacio, por la noche, al dormitorio del rey. Pero, la

criada se asegura de que el rey no se enterará de nada y, para ello, lo narcotiza en la cena ¿te acuerdas de la abuela, cuando imitaba cómo el rey se tomaba la última copa de vino, con el narcótico? y por cierto, tampoco entonces, sabía mucho qué quería decir eso.

—¡Sííí! —contestó haciendo el gesto imaginario de echarse una copa por el escote, al mismo tiempo que Maya también lo hacía. Las dos rieron juntas una vez más.

—¡Es demasiado...! Ahora, me parece de risa, pero entonces, con la seriedad con la que lo hacía la abuela, hasta miedo me daba —agregó Bibiana.

—A mí también; luego ¿te acuerdas...? Aparecían... los tres ladrones, condenados a muerte, que no podían dormir ya dos noches, porque oían llorar a una mujer diciendo aquello de: ¡despierta rey mío, que he roto tres pares de zapatos de hierro por volver a verte, y tú duermes y no te despiertas; despierta, rey mío, despierta...! —imitando teatralmente una voz llorosa— Entonces los ladrones piden audiencia con el rey, le cuentan la movida nocturna, y él se da cuenta de que deben estar drogándolo, porque no se entera de nada. La tercera y última noche el rey hace como si se tragase el vino, tirandoselo por el escote, y a partir de ahí ... todo se arregla, se acaba el rollo... —termina Maya simulando agotamiento.

—Y fueron felices y comieron perdices... —concluyó la otra.

—Sí. Bueno pues, como es normal en los cuentos, acaba bien. En éste se premia, aguantar y perseverar, en definitiva, tragar con todo, hasta el asesinato por cierto...

—Desde luego ¡qué fuerte Maya! Mataba a las hermanas... Repetitivo sí que era: tres, tres, tres... todo pasaba tres veces. Seguro que el propósito verdadero era dejarnos roque. No creo que escuchara el final casi nunca.

—Así que... eficacia probada— suspiró Maya, consiguiendo un sonoro clic, al encender su cigarrillo.

—Vale. Pásamelo— dijo la otra.

—El mechero es mío— contestó dándoselo y añadió— No te lo vayas a llevar luego, que siempre ando loca buscando fuego por toda la casa. Desde que fuma Guille, no hay manera, y ya me ves teniendo que ir a encender el cigarro a la cocina, como una idiota.

—Pues que sepas que yo traje uno, se habrá quedado en el salón. No te preocupes que no me lo llevaré—contestó rauda— además, yo me dejé el otro día, uno verde—remató.

—Bueno, siempre estamos igual ¿te fijas...? mío, tuyo... ¿por dónde iba?—dijo Maya— ¡ah! ya sé, creo que la abuela, a través del cuento, echó una semilla más al mito que el amor se alcanza, si sabes soportar un calvario, aunque tengas que tragar con todo. Al final del camino, perseverando, alcanzas la felicidad...

—Qué exagerada eres, sólo es un cuento...

—Así se puede entender tanto sufrimiento, por quien no lo merece, Bibiana—sin hacer caso al comentario de su hermana, declaró a continuación seriamente— para mí, puede que tenga que ver, con cosas muy tontas, “parecidas” a cuentos escuchados de niñas, antes del sueño, que siendo mayores nos llevan a sufrir ¡tanto! por quien no lo merece.

—Bueno, quizás tengas algo de razón, pero ya sabes

que a mí las explicaciones psicológicas no me gustan. Será como será, pero ése, es simplemente un cabrón y tú una idiota, que has tardado mucho más de la cuenta, en librarte de él. Y punto. Deja ya de pensar, has hecho bien y ya –dijo con firmeza Bibiana.

Maya se limitó a mirar a los ojos a su hermana.

–Por otro lado, te diré que tus poemas, a pesar del dolor que desprenden... me han gustado mucho. Son muy de verdad, y mira tú por donde, el que te cruzaras con semejante tipo, te ha servido para escribir poemas –añadió más conciliadora Bibiana, ante el silencio de Maya.

–Pues eso que gano... ¡menudo consuelo! después de aguantar tantas cosas que no debía –terminó con prisa Maya.

A partir de ese punto, la conversación fue declinando poco a poco. Bibiana, mujer energética, tras fumar el último cigarro del paquete exclamó, que tenía muchas cosas por hacer, se despidió con un rápido beso y se marchó apresurada.

Maya, una vez sola de nuevo, cogió su cuaderno de poemas, los primeros que había escrito en su vida, se sentó, se puso las gafas y empezó a releerse. Su cara fue transformándose por la tristeza. Tuvo la necesidad de liberarse del sufrimiento escribiéndolos, y ahora, se sintió de nuevo conmovida. Sabía que las palabras allí concatenadas, tan sólo mostraban la punta del iceberg del sufrimiento atravesado. El tiempo pasado, desde que Vicente empezó a quitarse el disfraz, revelando la clase de mala persona que era, le había causado una herida muy profunda.

Al rato, cerró con fuerza el cuaderno y levantán-

dose, se la oyó decir:

— ¡Ya está bien! Será mejor pensar en otras cosas.

Consultó la hora. Si se apresuraba, aún podría comprar en La Recova algunas cosas, que faltaban para la comida. Se arregló distraídamente con rapidez, y bajó a la calle.

A pesar de su voluntad, camino del mercado por la calle San Agustín, su mente se fue centrando otra vez, otra más, en los porqués de haber consentido, justificado y perdonado, continuamente, tantas vejaciones, en su relación con Vicente y, sobre todo, por qué seguía doliéndole la ruptura. Necesitaba comprender cómo era posible, encima, echarlo de menos.

Sin darse cuenta, se encontró de pronto frente a las puertas del mercado: estaban cerradas. Se quedó extrañada, faltaban quince minutos para la una... En ese momento recordó, con sorpresa, que lo habían trasladado hacía por lo menos tres meses, a la plaza del Cristo. Se sonrió pensando lo poco centrada que estaba, y decidió dejarlo para el día siguiente, emprendiendo de nuevo la vuelta a casa.

Tras la momentánea distracción por su despiste, sus pensamientos retornaron a relacionar la vieja historia de la abuela con la suya propia. No le había costado demasiado reunir el valor de decirle: ¡Se acabó! Pero, en su interior, aunque ya había dejado de estar tan obsesionada, todavía se sentía muy atrapada.

Así que Maya, por más doloroso que le resultara escarbar en la herida, siguió dejándose llevar por el curso de sus pensamientos, mientras desandaba el camino.

Me parece que Bibiana no es capaz de darse cuenta,

de las similitudes entre ese cuento y lo que he vivido –se dijo Maya–. Cosas como esas, aparentemente intrascendentes, se han quedado grabadas en mi disco duro, y es posible que me pueden haber influido y confundido en lo más íntimo. Como otras tantas cosas... necesito entender por qué me falta discernimiento, en el fondo de mi afectividad, y soy capaz de trabarme con tipos que no merecen la pena. Cuanto más lo pienso, más me parece que el cuento de la abuela es casi un guión, de cabo a rabo, de lo que he vivido con Vicente ¡Qué fuerte! Hay una fractura entre mis sentimientos, enganchados a mitos de amor incondicional, y mi mente. Por un lado: perdónalo, y, mi cabeza, por otro: corta ya que es un cabrón ¡Qué agotamiento! ¡Qué lucha!...

El mensaje, la clave, la semilla... de ese cuento absurdo y pretendidamente romántico es que... pase lo que pase, por amor, hay que aguantar lo inaguantable. Todo estriba en perseverar en el sentimiento amoroso, a pesar de todo, aunque el otro sea... un sádico; sea como sea, no dándose por vencida ante nada, hasta tragar incluso, que maten a tus hermanas... ¡Hala! Vete a romper tres pares de zapatos de hierro, atravesando miles de kilómetros, burlando ogros por el camino, en pos de semejante prenda. Y al final de todo... a dormir con el asesino, tan contenta y feliz, comiendo perdices el resto de tu vida... ¡es hasta aberrante!

Joder con la abuela y su cuento –reflexionó con lucidez Maya– sería... para echarse a reír, si no fuera para echarse a llorar... la que me han hecho sembrando mitos en mis sueños. Ahora lo entiendo un poco mejor: cosas como... cuentos, escuchados de niñas antes del sueño,

nos apresan y nos llevan a sufrir tanto, por quien no lo merece...

Ensimismada, llegó a su casa. Su cara parecía distenderse, por primera vez, en mucho tiempo.

Se dirigió a su cuarto, diciéndose: los poemas los guardo, pero todo lo demás, a la basura... Se sentó e irguiendo la espalda, encendió el ordenador. Fue localizando los correos y escritos de su relación con Vicente. Con determinación, empezó a borrarlos.

Apretaba la tecla “eliminar” sistemáticamente, mientras, una sonrisa placentera iba inundando toda su cara. El haber tomado conciencia de capítulos olvidados y sumergidos desde niña, de su vida afectiva, empezaba a dar sus frutos, porque comprenderse... era perdonarse a sí misma. Hoy, había encontrado una última pieza del enorme puzzle, que había sido capaz de desplegar.

La abuela –reflexionaba– debería habernos contado otras historias... de mujeres que van por la vida explorando libres, a través de los campos, trabajando en lo suyo, amando a unos y a otros... sin más monsergas. Y que cuando te hacen romper tres pares de zapatos de hierro, y no se despiertan de sus pesados sueños... no merecen la pena... los pobres hombres.

Y ahora –se dijo amorosamente divertida–... reconvertida en mi abuela, renovada, moderna, me digo: niña despierta, que los campos te esperan. Mujer, despierta, camina descalza, salta, corre y vuela, que nadie merece tanto sufrimiento. ¿Me oyes?: nadie, nadie, nadie. No te duermas más en los cuentos: mujer... despierta.

Serían las tres y pico de la tarde cuando Maya oyó que se abría la puerta de la calle.

–¿Eres tú Guille? –exclamó.

–Sí, soy yo –contestó su hijo, asomando la cabeza en el cuarto.

–¿Nos vamos a comer fuera? –propuso Maya–

–Vale... de acuerdo ¿Celebramos algo? –inquirió curioso por la cara alegre con que le miraba su madre.

–Pues sí Guille, otro día te lo cuento... ¿qué tal si vamos a Bajamar, nos damos un baño rapidito y después comemos...? –propuso mientras apagaba, resueltamente, su viejo ordenador.

M^a CONCEPCIÓN FERNÁNDEZ GONZÁLEZ

QUE SEAS MUY FELIZ

*Modalidad mayores de 16 años
Primer Accésit de Publicación*

(Ciudad Rodrigo, Salamanca)
Sagitario

M^a Concepción Fernández González, nació en Ciudad Rodrigo (Salamanca) bajo el signo de Sagitario.

Cursó estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Autónoma de Madrid y de Creación Literaria en la Escuela de Letras. Trabaja actualmente como administrativa

Ha obtenido varios primeros premios literarios, de entre ellos los más significativos:

– XX Certamen Literario Internacinal “Dulcinea 2007”. Asociación Cultural Miguel de Cervantes de Barcelona, 2007; Certamen de Relatos “ Ciudad de Marbella”. Fundación José Banús. Marbella 2005; XXXVIII Certamen de Relato del Casino Obrero de Béjar. Salamanca, 2004; VIII Certamen de Cuentos “La Robotica”. Madrid 2004; IV Certamen de Relatos Breves “Mujeres”. Santa Cruz de Tenerife 2003; III Concurso de Relato Corto Leopoldo Alas Clarín .Sociedad Cultural Clarín de Quintes (Asturias), 2003, V Certamen Municipal de Relatos Breves de Mujer 2002. Ayuntamiento de Valladolid, 2002, VI Certamen de Cuento “Villa de San Esteban de Gormaz”. Ayuntamiento de S. Esteban de Gormaz (Soria), 2002; Narrativa en el VIII y XI Certamen del área de la Mujer, Ayuntamiento de El Escorial; XII Certamen .“Asociación Atenea”, Salamanca, 2001, Relato Corto en el V Concurso “Ciudad de Vinaròs”, Vinarós, (Castellón) 2001; Novela Corta “Manuel Díaz Luis”. Ayuntamiento de Monleón (Salamanca), 2000; Premio de Novela “Ciudad de Irún” . Fundación KUTXA. Irún (Guipúzcoa), 1998....

Así mismo ha publicado las novelas tituladas “El último chachachá”, “Lo que queda de camino” y “Al otro lado del tabique” y varios relatos en volúmenes conjuntos.

Querido Ernesto:
Cuando llegues hoy a casa te desconcertará el silencio, la ruptura de la rutina y mi ausencia. Sin embargo, sin descomponer todavía el gesto, me llamarás dos o tres veces antes de convencerte de que, definitivamente, hoy no te recibiré, como es habitual, con la sonrisa en el rostro y el beso en los labios.

Encontrarás la nota cuando estés a punto de confesarte que mi ausencia y la de los niños te sorprende y te perturba y, aunque te disgustará su inapropiada blancura sobre la madera de la mesa, respirarás aliviado porque creerás que en ella se hallará la explicación.

Me ha costado mucho tomar esta decisión, pero hoy, cuando te escribía, respiraba sin dificultad y me sentía cargada de razón por primera vez en muchos años. Sí, Ernesto, porque desde que terminamos la Universidad yo he trabajado fuera de casa diez horas como tú, pero al regresar, en lugar de tirar la cartera sobre el sofá, desatarme la corbata y ponerme un güisqui mientras mi esposa me ponía sobre la mesa la cena, yo llegaba y tenía que ir a recoger a los niños al colegio, ayudarles a hacer los deberes, prepararles la merienda, bañarles, darles de cenar, acostarles, preparar la cena para nosotros, recoger

lo que nuestros hijos dejan abandonado por la casa, mantenerme sonriente para cuando tú llegarás, poner la mesa, recoger la cocina y preparar tu ropa del día siguiente. Así un día detrás de otro y con jornada completa los fines de semana, donde además debía de preparar cenas para tus amigos y visitar a tus padres.

Si cualquiera de nuestras compañeras de facultad me hubiera visto por un agujero se hubiera reído de ti y de mí hasta morir. Recuerda que tú eras un importante activista que luchaba por la igualdad de la mujer y por tenerla a tu lado como una compañera, como una camarada, y nunca como una criada o como una esclava.

Al principio de nuestro matrimonio estabas siempre tan ocupado con la política que la casa y nuestras necesidades cotidianas pasaban a un segundo plano. Entonces, tonta de mí, creí que te ayudaba asumiendo unas tareas que habíamos decidido compartir. Después, cuando tus responsabilidades disminuyeron, diste por hecho que el hogar era una de las mías y así seguimos porque yo te adoraba y sólo quería hacerte feliz.

Nunca me importó que no me acompañaras a hacer la compra, ni que jamás se te ocurriera pasar el aspirador, ni que fueras incapaz de hacer una tortilla francesa ni aun cuando estaba enferma y no podía tenerme en pie. Nunca sentí que no cooperabas cuando me levantaba hasta siete y ocho veces por las noches para consolar a nuestros hijos en su insomnio o en sus terrores nocturnos. Nunca puse en tela de juicio tu amor, cuando te fuiste de viaje de negocios en lugar de permanecer a mi lado el día que mi padre iba a ser operado a vida o muerte. Nunca me importó que cuando nos sentábamos en una terraza en verano

escogieras siempre la silla a la sombra dejándome a mí la que estaba situada a pleno sol. Nunca que me hicieras ir contigo al médico porque te dolía ligeramente la garganta, pero que tú no vinieses conmigo cuando aquel bulto que me salió en el pecho me tenía aterrorizada. Tampoco me importaba que te alejaras de mí en la cama porque eso te impedía dormir y que programaras nuestro sexo para los domingos a las seis, con puntualidad británica, mientras los niños pasaban la tarde con sus abuelos. Nunca, en fin, pensé en todas estas cosas que te estoy contando ahora —mucho menos con rencor que con sorpresa— ni me di cuenta de a cuánto he renunciado.

Sólo hace una semana que cuando me levanté, me di cuenta de que acababa de cumplir cuarenta años. La mitad de mi vida —me dije— en el hipotético caso de que viviera ochenta. Y no una mitad cualquiera, sino la mejor, la más importante, la que nos está destinada para hacer grandes cosas que nos permitan vivir con satisfacción los años de decadencia. Fui al baño y me miré en el espejo y sabes lo que vi: a una mujer sin futuro porque no había tenido pasado. Y me aterroricé. Sí Ernesto, tuve mucho miedo, mucho más que a perderte que era lo que más me había atemorizado desde que a los dieciocho años te conocí en la facultad.

A estas alturas habrás dejado a un lado la carta y te habrás ido a preparar el güisqui que debería haber estado esperándote sobre la mesa con el platito de almendras fritas. No tostadas o crudas, fritas por mí en la sartén con el aceite y la sal justa y el punto adecuado para que no estén ni muy tostadas ni poco. También pensarás que es una broma porque tu amante mujer, ésa que besa por

donde pisas, que no protesta nunca y que te adora en silencio, jamás podría escribirte una carta así.

Sin embargo, como no puedes estar seguro del todo, porque lo que dice la carta se corresponde bastante con la realidad, seguirás leyendo. Ahora, con el güisqui en la mano, te aflojarás la corbata y te sentarás en tu sillón. Sí, tu sillón, ése del que me echas cuando lo ocupo y que yo abandono sumisamente.

Sabes que soy una mujer independiente –tanto económica, como intelectualmente– y no indefensa y sumisa como, por otras circunstancias, lo fueron nuestras madres y por eso, precisamente, me asusté al comprobar hasta que límites había llegado por amor. Yo, Ernesto, terminé la carrera de biología, como tú, pero con unas notas mucho más brillantes. Además me doctoré con una beca Erasmus que tú no lograste obtener. Aquel año en Alemania fue el peor de nuestra relación, y no sólo por la separación que ya era dura, sino porque te deprimió no haber podido acompañarme en aquel viaje con el que los dos habíamos soñado.

A mi regreso tú ya trabajabas en un importante laboratorio y yo no tardé en encontrar empleo en una empresa de investigación. Los dos íbamos progresando en nuestros puestos. Los dos íbamos creciendo en nuestros objetivos profesionales, hasta que a ti empezó a parecerte mal que yo me ausentara durante varios días cuando había congresos, seminarios, conferencias o cualquier otra actividad relacionada con mi trabajo. Para ti los niños eran lo primero y no te parecía bien que se quedaran con los abuelos o con una niñera. Como su madre –decías– nadie. Y yo lo asumí sin preguntarme por qué como su

madre y no como su padre. A eso se sumó que cuando enfermaban era yo quien pedía permiso, yo quien los llevaba al médico, yo quien abandonaba mi trabajo por el doctorado en maternidad. Ya ves Ernesto, ese doctorado, sólo que en paternidad, hubieras podido lograrlo igual que yo, si te lo hubieras propuesto. Así, todos mis compañeros fueron asumiendo puestos de responsabilidad, escalando jefaturas, mientras yo seguía poco más o menos como al principio. “Es que como tú no puedes ir de viaje...”, me decía mi jefe a la hora de los ascensos. Y a mí me parecía bien. Eso es lo malo Ernesto, que a mí me parecía bien y no ambicionaba nada, ni me dolían los éxitos de los demás.

Tú, sin embargo, sí ibas progresando. Y por supuesto que muchas veces me reconocías que, en parte, esos progresos eran también mérito mío. Y como ibas progresando ya no te gustaba que la asistenta te planchara las camisas y los pantalones porque no los dejaba perfectos y por eso debía hacerlo yo. También debía preocuparme de supervisar tu ropa cuando regresaba del tinte y de limpiar tus zapatos y de ordenar tus cosas. Y todo me lo agradecías con tu maravillosa sonrisa y tus lejanos besos que, casi, se llevaba el aire.

Y así, Ernesto, han ido pasando no uno, sino veinte años desde que decidimos irnos a vivir juntos. Veinte años cocinando para ti, planchando para ti, dirigiendo nuestra casa para ti, cuidando y educando nuestros hijos para ti, renunciado a los éxitos profesionales para ti, compartiendo los amigos que tú me imponías para ti, vistiendo como te gustaba para ti, callando cuando lo creías oportuno para ti, perdiéndome la vida para ti.

Cuarenta años, Ernesto, y no tengo nada. Un marido que me convirtió de compañera en esclava, un trabajo que se ha vuelto rutinario a causa de mis renunciaciones; unos hijos que me abandonarán cualquier día y se olvidarán de mi noches de insomnio, de mis cuidados incondicionales y de mi insatisfacción permanente. Unos amigos que se pondrán de tu parte y perderán mi recuerdo lo antes posible.

Así que me voy. Sí, Ernesto, me voy. Y me voy sin mis hijos, no es mi deseo privarte de ningún elemento necesario para comenzar tu aprendizaje. Te los dejo, pero no porque renuncie a ellos, sino porque quiero que, por una vez, cargues con todas las responsabilidades con las que he cargado yo durante estos veinte años. Están en casa de la vecina esperando que los recojas. Ya les he dicho que por motivos de trabajo estaré una larga temporada fuera. No han dramatizado, no se han echado a llorar, no han preguntado. Es más, Ernestito ha dicho: qué bien, así papá nos llevará a cenar hamburguesas todas las noches.

Si mañana buscas tu camisa preferida, esa que nunca está planchada cuando la deseas, tendrás que enchufar la plancha y ponerte manos a la obra. Con paciencia y tesón conseguirás que quede tan bien como yo lo hacía. A lo mejor al principio te parece más difícil que aprobar un examen, pero ya verás como te acostumbras. No he hecho compra y el frigorífico está prácticamente vacío. Si vas al primer cajón del salón encontrarás un cuaderno y un bolígrafo, puedes empezar tu nueva condición de responsable de la casa haciendo la lista de la compra. No olvides que además de leche —que siempre me haces

comprar en cantidades exageradas— para sobrevivir hace falta fruta, verdura, queso, carne, pescado y alguna otra cosa más que irás aprendiendo. Las grandes superficies están abiertas de 10 de la mañana a 10 de la noche, así que espero que encuentres un rato en tu agotadora jornada entre el squash y la natación para llenar el frigorífico. No te he dejado cena, y hoy es un buen día para empezar a hacer prácticas de cocina. Los huevos se fríen con aceite y para hacer sopa se utiliza agua. En el despacho está esa buena colección de libros de cocina que me has regalado y que nunca has abierto. Puedes intentarlo ahora, no duele. La asistenta se despidió hace quince días y no he buscado otra para que te encargues tú de este cometido. Es muy divertido si se le coge el punto. A los niños se les baña todos los días y cuando lloran porque no quieren salir del agua no se les hace caso. Ya sé que te será difícil contrariarles, pero empieza ya a imponerte porque, si no, no harás vida de ellos. Si te da tiempo con tu nueva vida, puedes seguir yendo a comprar el periódico, al reciclaje y a correr en las mañanas de los fines de semana. Si no te da tiempo, sacrifica algo, quizás el periódico, de todas formas no te va a dar tiempo a leerlo. Como he dado por hecho que las plantas se iban a morir sin mis cuidados se las he regalado al conserje que sabes que las adora. Yo creo que con cuidar de los niños tendrás bastante y tampoco quiero ser cruel cargándote con demasiadas responsabilidades para las que no estás preparado. Si te resfrías, tienes gripe o un esguince en cualquiera de tus extremidades no podré acompañarte al médico, ni tampoco estar cuidándote durante tu convalecencia, pero ya verás que uno acaba por acostumbrarse. Yo lo he hecho durante

muchos años. Cuando vengas de trabajar con dolor de cabeza, malestar en el estómago o, simplemente, agotado, tendrás que ocuparte de los niños y de la cena de todas formas. En el último cajón del mueble del baño tienes un amplio botiquín para intentar mitigar tus malestares. Es la única manera de continuar adelante.

En fin, Ernesto, estoy segura de que se me olvidan muchas cosas y de que no te doy todos los consejos que necesitarás para asumir tu nueva vida, pero no es por rencor ni por malicia, sino porque está a punto de salir mi avión y ya no me queda tiempo. Vete improvisando sobre la marcha como lo he hecho yo a lo largo de estos veinte años. Compra libros, consulta con compañeros, déjate llevar de tu intuición y disfruta de tu nueva condición de hombre de tu casa. Que seas muy feliz.

Carlota.

ANA MARÍA JIMÉNEZ TALAVERA

CALDERETA DE CABESTRO

*Modalidad mayores de 16 años
Segundo Accésit de Publicación*

Ana María Jiménez Talavera, nació en febrero de 1973 en Sevilla.

Creció en los arrabales. Estudió biología. Comenzó a escribir relatos en 2005, en talleres de escritura y descubrió que era una de las formas más entretenidas de pasar el tiempo. En la actualidad sigue pensando lo mismo.

La mirada de aquellas mujeres podía provocar que a cualquiera le recorriera un escalofrío desde el extremo superior de la nuca hasta la punta de la rabadilla. Vivían todas juntas, tres generaciones de mujeres León, en la misma casa de la calle San Luís. Eran las tres de la tarde de un veinte de mayo. En la puerta se oyeron aldabonazos que anunciaban alguna presencia inoportuna, sobre todo a la hora en que toda persona en sus cabales se prepara para la siesta. La hija mayor abrió la puerta, al otro lado se encontraba el tío Rufino. Su aspecto rozaba lo despreciable. Bigotillo ralo y ramplón, comisuras blancuzcas, y eterno rictus de catador de vinagres.

—¿Y Consuelo?

—Hola, tío, como estás? Nosotras muy bien, gracias. Espera que llamo a mi madre.

La matriarca de la familia era María León, María “la tullida” como la conocían en el pueblo donde nació y se crió. Ese desagradable sobrenombre la acompañaba desde muy joven, cuando la artrosis ya curvaba la osamenta de sus curtidas manos. Al menos esta era la versión oficial, la versión para las personas de bien. Los corrillos de vecinas y cobardes en realidad afirmaban que

era una auténtica bruja, y que esa deformación de sus manos se debía a las forzadas maniobras que realizaba con la escoba las noches de luna nueva. Cuando era una jovencuela de mirada transparente y espíritu inquieto, se enamoró de Joseito, el hijo del albañil. La familia de Joseito se opuso firmemente a ese noviazgo.—¿Donde vas con esa tullida?, ¿No ves que no sirve para nada?, esa te va a traer la ruina—.

María y Joseito se fugaron a Sevilla. “La tullida” lo mantuvo todos los años que estuvieron casados, que fueron muchos, y sólo terminaron cuando una desafortunada gripe mal curada se llevó al único compañero que tuvo María.

Cuando Joseito pasó a mejor vida, María tenía cuarenta y cinco años, las manos aún más retorcidas por la cantidad de suelos fregados que llevaba en sus espaldas y rodillas, tres hijas que mantener y una hermana medio pava, Consuelo, que acababa de llegar del pueblo y que no había dado un palo al agua en su vida. Aunque al principio les costó, juntas pasaron cinco años, años buenos de apoyo y complicidad femenina hasta que su madre, la abuela Chon, la misma que la había mandado del pueblo a Sevilla porque no la podía mantener, la hizo llamar para que volviera.

La abuela Chon, a sus veinticinco años había adoptado a un niño porque se pensaba yerma, pero después de eso tuvo veinticinco partos, demasiados para ocuparse de todos. El motivo por el que había llamado a Consuelo a su lado era porque la tenía apalabrada, la había ennoviado con un joven administrador llamado Rufino. Desde el primer momento que lo vio, Consuelo sintió una pena

muy profunda en el alma, aunque en ocasiones no podía distinguir si era pena realmente, o asquito lo que sentía cada vez que veía al que se convirtió en su marido, Rufino. Hacía ahora cinco días Consuelo se había presentado en casa de María con los brazos llenos de verdugones y la cara echá abajo. Por esta razón a María no le sorprendió en absoluto aquella desagradable visita.

—¿Qué quieres, Rufino?.

—Vengo a por mi mujer.

—Pasa. Le dijo “la tullida” con mirada indescifrable.

Rufino entró en la vivienda, que olía aún a guiso del medio día. Agradeció el fresco que se notaba al entrar en aquella casa de muros anchos y techos altos. Era humilde pero todo estaba bien aseado.

—Consuelo no está aquí, ha ido a visitar a nuestra tía Dolores, no la veía desde el día de vuestra boda pero dejó dicho que volvería esta noche. Si quieres espérala. Me imagino que no habrás comido, siéntate y te ponemos algo, ha quedado un poco de guiso.

—Bueno, el guiso no me vendrá mal, llevo todo el día de camino y ni he desayunado. Pero espero que llegue Consuelo pronto, esta misma noche nos volvemos pal pueblo, le voy a enseñar yo a esa mujer quien manda.

En un santiamén las mujeres montaron la mesa, y le pusieron un abundante plato de comida acompañado de una botella de vino joven y medio bollo. Rufino, que desde que se había ido Consuelo no había echo una comida decente se zampó todo aquello, y después recostado en la mecedora y arrullado por el zumbido de las aspas del ventilador se quedó dormido.

Despertó con la sensación de haber dado una cabezadilla, pero a juzgar por la densidad y blancura del hilillo de baba reseco que surcaba su barbilla dedujo que se había pegado una buena siesta. Le extrañó ver la habitación desierta, las mujeres que antes estaban sentadas a su alrededor habían desaparecido. Por la escasa luz que se colaba a través de las cortinas se percató de que había caído la tarde. Oyó sonidos de peroles y cazos chocando, y guiándose por ellos llegó a la cocina. Era la estancia más espaciosa y de no ser por la oscuridad exterior seguramente más luminosa de la casa.

En el centro había una gran mesa de madera, una mesa de las de antes recia y resistente, alrededor de ella las mujeres de la casa trajinaban preparando lo que se barruntaba como una suculenta cena. Del techo colgaban ristras de ajos y laurel, guirnaldas de pimientos rojos, y cacerolas de cobre adornaban las paredes. Botes con especias de todos los colores y olores abarrotaban los estantes y saturaban el ambiente de olores demasiado penetrantes para los poco iniciados. Rufino estornudó. En ese momento las mujeres notaron su presencia.

—Ah te has despertado!. Será mejor que te quedes a cenar porque a lo mejor Consuelo no puede llegar hasta tarde, o incluso hasta mañana. Le dijo María.

Rufino se sintió incómodo, la actitud de María era amable aunque distante, pero aun así notaba que algo había cambiado en la ya de por sí inquietante mirada de aquellas mujeres. Esta sensación le provocó un ligero repelús.

—Si quieres puedes irte al salón y esperar allí mientras terminamos de preparar la cena. Continuó María.

El hombre todavía aturcido por la siesta se sintió un poco descolocado, asintió pero se quedó allí de pie observando a las mujeres. Andaban preparando croquetas de puchero y hierbabuena y el movimiento mecánico con el que las mujeres enharinaban, enhuebaban y empanaban las bolas de masa, lo tenían hipnotizado.

Un enorme libro situado sobre un atril en la mesa de madera llamó su atención.

—¿Qué es eso?

—Eso, cuñado, es un libro de recetas. Empezó a escribirlo la madre de la abuela Chon, me lo pasó mi madre a mí, y ahora estoy aquí con las niñas aprendiendo a hacer todas las recetas, tú sabes, para que no se pierdan, y completándolo con algunas nuevas.

Rufino echó un vistazo por encima, vio las hojas manchadas y amarillentas por lo antiguo, y perdió todo el interés inicial.

—Bueno, pos me voy al salón. A ver si esta mujer no se tarda demasiado que no me gusta la carretera de madrugá.

El tipo se acomodó en la mecedora, y encendió un ducados, después otro y pidió un poco de vino para la espera. Cuando llegó la hora de cenar las mujeres pusieron la mesa, mientras, Rufino seguía dando buena cuenta de la botella de vino. Junto a las croquetas, sirvieron una gruesa y succulenta tortilla campera, empanadillas case-ras y varios cuencos de aceitunas con diferentes aliños. Comió abundantemente de todo, se acabó la botella de vino y empezó otra. Cuando terminó se volvió a recostar en la butaca mientras las mujeres recogían la mesa y la cocina.

Estaba otra vez quedándose dormido cuando apareció María.

—Consuelo llamó a casa de la vecina y dejó dicho que hoy al final no puede venir, que la tía Dolores se siente indispuesta y se queda esta noche para cuidarla. Puedes quedarte aquí a dormir, te prepararemos la habitación.

Aquella noche, Rufino la pasó sudando como un cerdo, intranquilo por las pesadillas provocadas en parte por la inquietud que le inspiraban aquellas mujeres, y en parte por el tremendo atracón que se había metido entre pecho y espalda.

A la mañana siguiente lo despertó el aroma a chocolate caliente. Cuando se levantó ya tenía el desayuno puesto en la mesa, lógicamente un tazón de humeante chocolate acompañaba a una fuente de jeringos espolvoreados con azúcar. Aunque aun tenía pesadez por la panzá de la noche anterior, no dejó ni uno solo de la docena de churros.

—Consuelo aun tardará en venir, si quieres te puedes sentar en el patio a esperarla.

Esta noticia no le hizo ni una mijita de gracia a Rufino, pero salió al patio. Allí estratégicamente situado debajo de una parra había un butacón de mimbre con muy buena pinta. Se sentó.

—María— gritó. Le puedes decir a alguna de tus hijas que vaya y me alquile alguna novela al quiosco. Me gustan las de vaqueros.

María llamó a su única nieta, una jovencueta de catorce años que de tan callada y sigilosa pasaba desapercibida en aquella casa. La niña fue y le trajo un par de novelas manoseadas.

Allí, medio tumbado en el butacón de mimbre pasó la mañana. A la hora del almuerzo se asomó a la cocina. Otra vez el mismo revuelo, todas las mujeres cacharreaban para un lado y para otro. Le echó un vistazo al libro y vio que estaba abierto por la página del potaje de calabazas y habichuelas. Comenzó a sentir hambre, y hasta se alegró de que Consuelo no hubiera llegado todavía.

Al rato pusieron la mesa en el salón, el potaje iba acompañado de una buena pringá, y de postre habían preparado arroz con leche y canela. El almuerzo transcurrió en tenso silencio, pero cuando llevaba la segunda ración de pringá Rufino no pudo más y comentó:

—Consuelo tiene muchos pajaritos, no se entera de ná, mala no es la verdad, pero es que alguien tendrá que enseñarle a ser persona.

María no dijo nada, continuó comiéndose la última cucharada de potaje, y se limitó a intercambiar miradas con sus hijas y su nieta.

La tarde transcurrió de la misma forma que la anterior, tampoco esa noche pudo llegar Consuelo. Al día siguiente, Rufino se despertó con el ruido de las cortinas al descorrerse. La nieta de María estaba allí delante con una bandeja que contenía un tazón grande de oloroso café con leche y un plato de buñuelos.

—¿Y esto?, preguntó Rufino bastante sorprendido.

— No se, me manda mi abuela.

Para lo único que se movió Rufino esa mañana fue para pasarse por la cocina antes de la hora de comer a ver si pillaba una botellita de vino. Echó un vistazo al libro, la receta de ese almuerzo era arroz con asaduritas. Se relamía

anticipándose al atracón que se iba a meter.

Aquella noche no llegó Consuelo, ni a la otra, ni tampoco a la siguiente. Rufino tardó poco en despreocuparse por la vuelta de su mujer, y menos tardó en acostumbrarse a esa vida de ricachón. Todos los días se cebaba a mesa servida y retirada, preocupándose simplemente de moverse de la cama al patio, del patio a la mesa, de la mesa a la butaca, de la butaca a la mesa, y de la mesa a la cama. No pasaba día sin una buena merienda de torrijas, pestiños, perrunas, alfajores, tortas de manteca o entornaos rellenos de cidra. Cada almuerzo era un banquete y cada cena un festín. Así, pasaron semanas, y Rufino no paraba de preguntarse porque de todas las mujeres de aquella familia había tenido que dar precisamente con la desgracia de Consuelo.

Una mañana se despertó con la sensación de haber dormido más de la cuenta. Aquel día no le habían llevado el desayuno a la cama. Se levantó y se fue directamente al baño, se miró al espejo y le costó trabajo reconocerse, el hombre seco y cetrino que llegó a esa casa había sido suplantado por un hombre orondo, con pescuezo para dos cabezas, eso si se hablara de cabezas normales, claro, porque hasta el tamaño de la suya había aumentado considerablemente. Las carnes adquiridas por la ausencia de ejercicio y la superabundancia de alimentos provocaban que se moviera como un viejo paquidermo. Pasó por el salón y vio que era la una del medio día, definitivamente había dormido más de la cuenta. Se extrañó de no escuchar ningún sonido, ni siquiera procedente de la cocina por lo que se dirigió allí a ver si averiguaba que pasaba. Cuando entró vio el libro abierto.

—mmm— pensó — a ver que hay hoy para comer.

Se asomó a la página por la que tenían abierto el libro de cocina ese día, y vio la receta correspondiente: “Caldereta de cabestro”, no le dio tiempo a regodearse cuando leyó el primer ingrediente: “macho Cabrón bien engordado”.

En ese momento todo se volvió negro para Rufino, sintió un gran golpe en la cabeza y se desplomó.

Al despertarse estaba atado, abierto de pies y manos encima de la gran mesa de la cocina. Las vio a todas, no hablaban, solo intercambiaban miradas. Rufino pensó que era una pesadilla, pero el dolor que le provocaban las ataduras y el chichón de la cabeza le confirmó que estaba despierto y bien despierto. Las mujeres no paraban de girar a su alrededor y de echar hierbas y verduras en un gran caldero. Comenzó a gritar:

—¡!Qué hacéis desgraciadas!!!, ¡!¿Que estáis haciendo?!!!, sois unas brujas malditas, soltarme de una vez. Soltarme so brujas!!!. En ese momento María lo miró, lo miró hasta lo más profundo, clavó sus ojos en los de Rufino y se podría decir que lo atravesó con la mirada. Sin mediar palabra, María levantó un enorme cuchillo de carnicero por encima de su cabeza. A Rufino el corazón se le iba a salir por la boca, sudaba a chorreones y con las pocas fuerzas que le quedaban soltó el grito más horroroso que le cabía en las entrañas.

Abrió los ojos. Antes de recuperar el resuello escuchó una voz suave que le decía: ¿Qué le pasa tío?.

Rufino no entendía nada, las mujeres estaban sentadas alrededor de él en el salón, y él sentado en la butaca en la que se durmió la siesta el primer día.

Miró la hora, eran las cinco de la tarde.

– ¿Qué está pasando? ¿Que día es hoy?, preguntó chillando y con los ojos fuera de sus órbitas.

– Pues veinte de mayo, que día va a ser cuñado?, le contestó María burlona.

Rufino se levantó corriendo, no quería pasar ni un segundo más en aquella casa, entre aquellas mujeres, y mientras salía apresuradamente para la puerta iba gritando:

– Le decís a Consuelo que he estado aquí, y que si quiere, que vuelva.

María dedicándole la última mirada le dijo irónica:

– Condiós cuñado.

Rufino salió despavorido por la puerta y mientras trotaba con el paso prieto le reventó el botón del pantalón a la vez que un líquido tibio y viscoso le indignificaba la entrepierna.

CARMEN MARINA RODRÍGUEZ SANTANA

LOS GARBANZOS HAY QUE
PONERLOS EN REMOJO

Modalidad mayores de 16 años
Tercer Accésit de Publicación

Carmen Marina Rodríguez Santana, nació en Santa Cruz de Tenerife en 1960.

Diplomada en Magisterio, casada y madre de cuatro hijos, es ama de casa por elección, profesora de clases particulares por vocación y escritora por evasión. Ha escrito varios relatos breves como “La mujer que valía dos cajas de cigarrillos”, “Los niños de Utopía”, una colección de poemas “A mi padre” y una novela corta “Jablón”, todos ellos sin publicar.

*“Creía que nadie me podía entender en mi pasión
por el saber... pero me equivoqué”*

Marie Curie.

Martes, 13 de Abril

Esta mañana Anita amaneció mucho mejor. Durante la noche ya no tuvo fiebre y pudimos descansar las dos bastante bien aunque hoy no he querido mandarla todavía al cole porque, a pesar de que la pediatra siempre me ha dicho que desde que no tengan fiebre los niños deben ir al colegio, creo que la niña está aún débil. Una de las veces que me levanté a ponerle el termómetro estaba dormidita y se parecía a un ángel, un ángel con la carita igualita a la de su padre. No sé si con los años cambiará pero cuando yo vuelva a leer esto en mi vejez recordaré que Anita a sus nueve añitos era igualita a su papaíto. Igualita a mi querido maridito Miguel. Por cierto, en este diario aún no he contado cómo nos conocimos Miguel y yo. Se puede decir que nos conocemos de toda la vida: él es el hermano de mi mejor amiga. En un principio, no reparamos el uno en el otro y es que debido a la diferencia de edad conducíamos nuestras vidas por etapas distintas. Mientras él ya recorría las discotecas y alardeaba de poderío sobre su moto, su hermana y yo aún jugábamos con las Barbies. No fue hasta su vuelta del cumplimiento del servicio militar reglamentario cuando ambos reparamos en el envoltorio recíproco de nuestras

existencias. Fue un flechazo acompañado de relámpago porque nunca antes se había iluminado el cielo para ninguno de los dos. Y aunque la atracción era fuerte, no echo de menos al Miguel de entonces. Sobre nuestros primeros años de relación siempre revolotearon las aves de rapiña de los celos y la desconfianza por su parte. No le gustaba que yo vistiera de tal manera ni que hablara con equis personas, sazonzando con argumentos sin fundamento. Y así transcurrió incluso después de casados y habiendo ya nacido nuestra queridísima Anita. En algunas ocasiones le pregunté si me dejaba que yo estudiara y me respondía que si yo me ponía a estudiar entonces yo no estaría en casa esperándole a su vuelta del trabajo y descuidaría la atención de la niña y de la casa. La verdad es que yo no he vuelto a insistir en ese asunto pero hoy por hoy él ha cambiado muchísimo y sé que confía plenamente en mí. Los celos no han vuelto a aparecer desde hace algunos años y observo que me mira con un brillo especial en sus ojos. Por cierto, con el mismo que se ha levantado esta mañana en la que estaba muy callado y me miraba fijamente todo el tiempo. Me da a mí que estaba pensando en algún regalo para mi cumpleaños que será pasado mañana. Le he preguntado por ello, se ha sonreído y me ha dicho que de eso nada, que él no se había acordado de mi cumpleaños. Le he dado un besazo antes de irse porque sé que estoy en lo cierto y seguro que es eso lo que se trae entre manos. Sin embargo, esta tarde ha llegado contrariado a casa porque el encargado le ha dicho que tendrá que hacer unas horas extras el sábado. He intentado hacer que se le quite el enfado haciéndole reír con mis locuras y dándole muchos besitos cortos en

esos labios gorditos que heredó de su abuelo. No sé si lo habré logrado pero él no ha vuelto a hablar del tema en toda la tarde.

No destaco nada más en el día de hoy además estoy muy cansada y no puedo mantener arriba el peso de las pestañas. Buenas noches. Hasta mañana.

Miércoles, 14 de Abril

Esta mañana Anita ya ha ido al cole pero antes de marcharse me ha pedido que le haga sopita de pollo y croquetas para almorzar. Mi niña chiquitita, la quiero tanto que cómo no voy a hacerle sopita y croquetas si ella me lo pide. Y tenía que ser, cada vez que tengo las manos empegostadas de harina, tiene que sonar el teléfono o el timbre de la puerta. Siempre me acuerdo del librito que relata la Ley de Murphy: “Si espera una llamada, el teléfono no sonará hasta que usted introduzca las manos en la masa de las croquetas”. Esta vez era mi vecina Charín tocando el timbre de la puerta. La mayoría de los días se ve tan sola y perdida en su propia cocina que acude a mí como tabla de salvación para su diaria manutención. Y también, para qué engañarnos, ella es mi tabla en la manutención diaria de mi espíritu: los libros. Y en este quid pro quo (expresión que he leído recientemente y me ha gustado) formamos simbiosis perfecta. A ella se le acababan de pegar las lentejas de tal forma que tuvo que tirarlas hasta con el caldero que quedó inservible. Charín es una treintañera de facciones poco agradecidas. Todo en su cara es enorme; ojos grandes y saltones; nariz aguileña y desproporcionada; boca concentrada en una sola línea, sin labios aparentes; y unas orejas de soplillo que normalmen-

te intenta disimular con su melena suelta, remedio que sensiblemente empeora la noción de proporcionalidad de su nariz. Inserta en un diminuto y enjuto cuerpecillo que en numerosas ocasiones viste en la sección infantil de los grandes almacenes debido a su escaso tallaje, toda ella es por dentro y por fuera de equiparable contradicción. Con un cerebro privilegiado que la guiara a poder acabar su carrera de Ingeniería con el número uno de su promoción, el cultivo de su autoestima yace yermo en su interior. Se vino desde Madrid a las Islas detrás del amor de su vida y, a la primera de cambio, su amor voló como los euros de mi cartera dejando tras de sí a una señora licenciada en acoso y maltrato. Yo, a mis veintinueve (mañana treinta) me he convertido en consejera y apoyo de una mujer cinco años mayor que yo. Claro está que esto de estar casada y ser mamá da experiencia y respeto. ¡Lo que maduras llevando las riendas de una casa! ¡Y lo que te estropeas!

Cuando Charín se vino a vivir al piso colindante con el mío, apenas daba ni los buenos días pues es una mujer apocada y vergonzosa. Pero el día en que la vi salir del ascensor con una pierna escayolada, una muleta en una mano y portando varias bolsas de compra en la otra, me ofrecí a ayudarla. Ese fue el comienzo de nuestra amistad. Me abrió las puertas de su casa y me quedé maravillada porque todas las habitaciones tenían estanterías con libros. Libros de todas clases. Libros antiguos, libros modernos, libros de ciencias, libros de letras, libros independientes, libros en enciclopedias. El destino trajo al lado de mi casa a una mujer con la fortuna que yo más anhelaba. Se dice que lo que esperas con más ansias

es lo más difícil de alcanzar y eso ha sido lo que me ha ocurrido a mí.

Cuando la vida me llevaba hacia mis quince años, mi padre expiraría debido a un cáncer de páncreas que se lo había comido en cuatro meses. Tras su muerte, los lastres de su enfermedad hundirían a mi madre en una depresión cuyo gasto en fármacos consumía la mitad de su paga de viudedad. Así que mi futuro inmediato pasaría por archivar mi octavo de E.G.B. junto a las calificaciones con alto rendimiento académico en una caja jubilada de jugos Libby's en el cuarto trastero y comenzar a trabajar. Comencé limpiando en casa de una antigua amiga de mi madre que había adquirido buena posición. Como salario recibía una compra mensual de productos básicos y algún que otro regalito en ropa; ropa que su hija solía amontonar en el vestidor, desechando en ocasiones sin haber sido desprendida la etiqueta, y que yo heredaba “por lo bien que me portaba”. Aunque quien era especialmente bueno conmigo era Don José. Don José no era el señor sino el marido de la señora. Profesor universitario de Electromagnetismo en la Facultad de Física, mostraba su existencia dentro de un viejo traje de chaqueta acompañado de libros y sin corbata. Consumía la mayor parte de su tiempo en la casa enclaustrado en su despacho, quizás por trabajo, quizás por evitar a su mujer, quizás por ambas cosas. Él lo denominaba “su cueva” y allí se sentía en plena libertad. Le hice saber mi afición por los libros, mi desconuelo por no haber podido continuar con mis estudios, así que amablemente me permitía sentarme en su comodísimo sillón giratorio y leer, y leer, y leer...

– Lucía, si la mitad de mis alumnos tuviesen el empeño que tienes tú, la ciencia avanzaría a la misma velocidad que la luz. Cuando te decidas, podrás lograr lo que te propongas –, solía decirme a menudo.

En aquellos libros aprendí que un logaritmo es algo tan fácil como el cálculo del exponente de una potencia. Aprendí también los misterios que encierran los movimientos en los cuerpos debido a la composición de fuerzas que interactúan en ellos. Además descubrí autores de la literatura española y universal de los que nunca antes había escuchado hablar. Envuelta en ese mundo fascinante, me costaba volver a la rutina de la limpieza de la casa, las lavadoras, los planchados, las compras, las comidas y el volver a empezar que por edad no me correspondían. De repente, me había convertido en adulta sin pasar por la adolescencia, cribando lo bueno y lo malo que acontecía a mi alrededor. Y buscaba explicación incluso donde no la había.

– Mamá, ¿Por qué a la señora le gusta humillar y menospreciar a Don José delante de todos si es un hombre colmado de virtudes? A ella le encanta escupir frases de contenido sexista delante de sus amistades a la hora del café del tipo: “Todos los hombres son iguales: sólo piensan en el sexo “ o “Este hombre es un inútil: no sabe ni freír un huevo “.

– Lucía, mi hija, las personas son como los garbanzos: nacen tiernitos y protegidos en su mata, pero una vez que se desgranán, que pierden la protección y se enfrentan a los rigores del mundo, a la intemperie, comienzan a secarse lo que conlleva un endurecimiento por pérdida de agua. Para poder consumirlos hay que reponerles el agua. Los

garbanzos hay que ponerlos en remojo. Entonces podrás cocinarlos y quedarán tan tiernos como la más tierna de las verduras del potaje. De la misma manera, las personas nacen tiernas e inocentes protegidas por los algodones paternos en la mayoría de los casos. Pero con el paso del tiempo, los golpes de la vida y la pérdida de protección se endurecen, se secan por dentro y son incapaces de ligar con nadie si no se las ha sometido a un previo remojo. Un remojo de cariño, de paciencia, de comprensión, de respeto. Un remojo que dé como resultado a una persona madura, enternecida, capaz de estar a la altura del calabacín más tierno de la familia. Pero cuando el garbanzo ha nacido negro o se ha pudrido en el camino, mi hijita, mejor no echarlo al potaje porque lo echaría todo a perder. Eso me enseñó mi madre y eso te enseñó yo.

Eso le he enseñado a mi vecina Charín para que no vuelva a echar en su potaje a ningún otro garbanzo negro. Y eso le enseñaré a mi Anita cuando tenga unos añitos más.

En fin, estoy tan cansada que ya no sé ni lo que escribo. Me parece que estoy desvariando. Buenas noches. Hasta mañana.

Jueves, 15 de Abril

¡FELIZ CUMPLEAÑOS, LUCÍA!

¡Hoy estoy que no quepo en mí de gozo! Me felicito a mí misma y me doy besos por todo el cuerpo. Creo que este ha sido el mejor cumpleaños de mi vida y digo bien “ha sido”, pretérito perfecto compuesto, es decir, pasado acabado; porque espero y auguro muchos mejores en el futuro.

Hoy Miguel me ha despertado con muchos besos y un “Felicidades, cariño”. Me dijo que me daría el regalito al mediodía cuando viniese a almorzar porque ahora tenía que marcharse rápidamente a trabajar. He estado pensando toda la mañana qué me habría comprado. El año pasado recibí a media mañana un ramo de rosas color champagne como el que llevé en nuestra boda, pero yo le he dicho que los ramos son muy hermosos pero prefiero que me regale otra cosa porque me da mucha pena ver como las flores se marchitan en dos o tres días. Lo que aún conservo es la nota que me escribió adosada al ramo “Felicidades, cariño. Eres la mejor esposa del mundo y te lo mereces todo”. Anita se levantó sin que yo la despertara para ir al cole y, a la vez del “Felicidades, mamá”, me entregó un dibujo precioso y muy ilustrativo dibujado y coloreado por ella en el que estoy yo cocinando y tengo un globo sobre mi cabeza en el que da a entender que estoy con mi imaginación pensando en los libros. Nos hemos dado muchos besitos y hemos colgado el dibujo con una chincheta en la pared de la cocina para yo tenerlo siempre a la vista. Charín vino a casa sobre las tres, cuando salió del trabajo en la Consejería; y, tras los treinta tirones reglamentarios de oreja, me trajo una tarta ¡hecha por ella misma! Y es que la cosa tiene su mérito pues ha sido su primera tarta y no le ha salido nada mal. Esta tarde merendamos todos con ella y estaba buenísima. Además me ha regalado un libro sobre un tema que sabe me apasiona “La radioactividad según Marie Curie”. Y la guinda final la ha puesto mi queridísimo Miguel. Le amo más que nunca. Al principio me hizo sufrir un poco. Llegó sobre las tres y media a casa, me dio las llaves del

coche y me dijo que fuera allí a buscar el regalo en persona porque de aquí en adelante tendría yo que hacerme cargo totalmente de él. Por el camino fui pensando que eso de hacerme cargo totalmente de él me daba que pensar que si sería un cachorro y, en caso de serlo, cómo íbamos a tener a un perrito en un piso tan pequeño. Al llegar al coche veo que no hay nada sobre los asientos así que busco en el maletero: había un mediano paquete cuadrangular envuelto en papel de regalo y para nada era un animalito. Entonces, ¿qué era? Subí corriendo a casa sin haber sido capaz de abrirlo; la misma emoción me había contenido. De pie, delante de Miguel, mantuvimos los dos un lenguaje corporal sin palabras:

– ¿Qué es? –, interrogaba yo encogiendo los hombros y expresando con los ojos muy abiertos.

– ¡Ah, si quieres saberlo, ábrelo! – respondía él acercando los brazos encogidos a su pecho y enseñándome las palmas de las manos abiertas en señal de no tener intención de sacarme de dudas, a la vez que levantaba sus cejas para reforzar el gesto.

Nerviosa rompí el papel de regalo y apareció un maletín de piel marrón. Desconcertada seguía sin saber qué decir. No llegaba a entender para qué necesitaba yo un maletín como ese. Miguel sonreía y, mirándome con ese brillo especial en sus ojos, me propuso que abriera el maletín. Y allí estaban: los papeles de matriculación a mi nombre que él ya había gestionado en el Instituto de nuestro barrio para el próximo curso. Le amo, le amo, le amo. Me ha hecho inmensamente feliz. Eso sí, mañana he de ir sin falta a elegir las optativas cuyas casillas premeditadamente él ha dejado en blanco para que las

decida yo. He pensado que ya que voy, me informaré de qué libros de texto necesitaré para poder ir estudiándolos y así cuando comience el curso no estaré desentrenada. Y es que voy a tener que esforzarme al máximo pues no puedo desaprovechar ningún curso pues bastantes años he perdido ya. Y, si todo sale bien, en tres años estaré haciendo la prueba de acceso a la Universidad para mayores de 25 años. Mi intención es la de estudiar Física Aplicada y saciar el hambre de saber que llevo dentro. Dentro de unos añitos volveré a leer este diario y podré asegurar si se ha cumplido todo aunque a ganas no me gana nadie. De momento, seguiré afrontando el día a día y este de hoy ya toca a su fin.

Buenas noches y hasta mañana pero no sé si podré dormir.

**ACTA DEL FALLO DEL JURADO
VIII CERTAMEN DE RELATOS BREVES
«MUJERES»**

Reunido el Jurado del VIII Certamen de Relatos Breves "Mujeres", el día 13 de noviembre de dos mil ocho, a las diecisiete horas en la Calle Viera y Clavijo nº 46, presidido por D^a Ángela Mena Muñoz y actuando como vocales D^a Elica Ramos Hernández, Ana Hardisson Rumeu , D^a Ana María Hernández y D. Ernesto Gil López y como secretaria D^a Ana Belén Crespo Rivera quieren hacer constar lo siguiente:

Que tras una cuidadosa deliberación y por UNANIMIDAD, acuerdan conceder los siguientes premios:

Modalidad 12 a 15 años:

PRIMER PREMIO:

Título: "La pasión de ella"

Autora: Luana Crisci Diaz

SEGUNDO PREMIO:

Título: "Al recreo"

Autora: Alba Maria Valenzuela Martin

Modalidad mayores de 16 años:

PRIMER PREMIO:

Título: "Los tres pares de zapatos de hierro"

Autora: Maria Desamparados Navarro García

Primer Accésit de publicación:

Titulo: "Que seas muy feliz"

Autora: M^a Concepción Fernandez Gonzalez

Segundo Accésit de publicación:

Titulo: "Caldereta de cabestro"

Autora: Ana María Jimenez Talavera

Tercer Accésit de publicación:

Titulo: "Los garbanzos hay que ponerlos en remojo"

Autora: Carmen Marina Rodriguez Santana

Y siendo las 18,30 horas del día trece de noviembre de 2008, se levanta la sesión de todo lo cual, como Secretaria, doy fe.

(firmado, sellado y rubricado)



Excmo. Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife



AYUNTAMIENTO
SANTA CRUZ DE TENERIFE

